

no pudo hablar. El joven, después de esperar un instante, le dijo: «Querido señor, me habéis mandado llamar; supongo que tendréis algunos encargos que hacerme; yo los miraré como sagrados.» El moribundo, haciendo un esfuerzo, le estrechó la mano y respondió dulcemente: «Ved en qué paz puede morir un cristiano.» Un instante después expiró.

III

«El grande y único fin de estas consideraciones (dice Addison en un número del *Spectator*) es desterrar el vicio y la ignorancia del territorio de la Gran Bretaña.» Y cumple su promesa. Todos sus diarios son morales: consejos á las familias, reprensiones á las mujeres ligeras, retrato del hombre honrado, remedios contra las pasiones, reflexiones sobre Dios, sobre la religión, sobre la vida futura. Yo no sé, ó, mejor, sé muy bien, qué éxito tendría en Francia una gaceta de sermones. En Inglaterra fué extraordinario, igual al de los más afortunados novelistas modernos. En medio del desastre de todas las revistas, arruinadas por el impuesto de la prensa, el *Spectator* duplicó su precio y se sostuvo. Es que ofrecía á los ingleses la pintura de la razón inglesa; el talento y la doctrina estaban de acuerdo con las necesidades del siglo y del país.

Tratemos de describir esa razón que poco á poco se ha apartado del puritanismo y de su rigidez, de la Restauración y de su licencia. Al mismo tiempo que la religión y el Estado, el espíritu alcanza su equilibrio. Concibe la regla, y disciplina su conducta, se

aparta de la vida desordenada, y se acoge á la vida sensata; huye de la vida corporal, y prescribe la vida moral. Addison rechaza con desdén la alegría física grosera, el placer brutal del movimiento y del ruido (1). «¿Es posible (dice, hablando de las farsas y payasadas) que la naturaleza humana se goce en su ignominia y guste de ver su propia figura con una traza ridícula y disfrazada bajo formas que excitan el horror y la aversión? El poder soportar tal espectáculo arguye cierta bajeza é inmoralidad (2).» Con mayor razón se subleva contra la licencia y el libertinaje sistemático, que fué el gusto y el oprobio de la Restauración. Escribe artículos enteros contra los seductores de profesión, que son los «caballeros andantes» del vicio. «Cuando personas de rango y de importancia emplean su vida en esas prácticas criminales, deberían considerar que son más viles y más dignos de desprecio que el último de los hombres, por baja que sea su cuna y por infima que sea su condición (3).» Ridiculiza severamente á las mujeres que se exponen á las tentaciones y á quienes llama salamandras: «Una salamandra es una especie de heroína de castidad que anda sobre el fuego y vive en medio de las llamas sin quemarse. Recibe junto á su cama á un hombre que va á visitarla, juega con él á los cientos toda una tarde, se pasea con él dos ó tres horas á la luz de la luna, se familiariza con un extraño á la primera visita, y no es tan menguada de espíritu que vaya á reparar en si la persona con quien habla lleva faldas ó calzones (4).»

(1) *Spectator*, n. 173.(2) *Tatler*, n. 108.(3) *Guardián*, n. 123.(4) *Spectator*, n. 198.

Combate como un predicador el uso de los vestidos escotados, y pide que se vuelva al decoro de los antiguos días: «La modestia da á la doncella una hermosura mayor que la misma flor de la juventud, presta á la esposa la dignidad de la matrona y restituye á la viuda su virginidad (1).» Se verán más lejos amonestaciones sobre las mascaradas que acaban en citas, preceptos sobre el número de vasos que se puede beber y de platos que se puede comer, condenas contra los libertinos profesores de irreligiosidad y de escándalo: máximas todas hoy un poco triviales, pero nuevas y útiles á la sazón, porque Wycharley y Rochester habían puesto en práctica y en boga las máximas contrarias. El libertinaje pasaba por francés y de buen tono; por eso Addison proscribió además todas las frivolidades francesas. Se burla de las mujeres que reciben á las visitas en su tocador y hablan alto en el teatro. «Nada las expone á mayores peligros que esa alegría y esa vivacidad. La conversación y la conducta toda de los franceses contribuyen á hacer al sexo más frívolo, ó, como ellos se complacen en decir, más vivo y despierto de lo que permiten la virtud y la discreción. Toda mujer honrada y prudente debe velar, al contrario, porque esa viveza no degenera en ligereza (2).» Se ve ya en estas censuras el retrato de la mujer de su casa, de la honrada esposa inglesa, sedentaria y grave, ocupada por completo de su marido y de sus hijos. Addison se vuelve una y otra vez contra los artificios, las monerías afectadas, la coquetería, las futilidades de las damas. No puede sufrir los hábitos de la vida ligera ú ociosa. Menudea los epigramas contra

(1) *Guardián*, núm. 100 y *Spectator*, números 204 y 224.

(2) *Spectator*, 317 y 323.

las galanterías, las exageraciones en el vestir y las visitas vanas. Escribe el diario satírico del hombre que va al club, se entera de las noticias, bosteza, mira el barómetro, y cree haber llenado muy bien su tiempo. Estima que nuestro tiempo es un capital, nuestras ocupaciones deberes, y nuestra vida un quehacer.

Nada más que un quehacer. Si Addison se eleva sobre la vida sensual, queda por debajo de la vida filosófica. Su moral, completamente inglesa, se arrastra siempre entre los lugares comunes, sin descubrir principios, sin encadenar deducciones. Le faltan las partes elevadas y delicadas del espíritu. Da á las personas consejos prácticos, alguna consigna muy clara, justificada por los sucesos de ayer, útil para el día de mañana. Advierte que los padres no deben ser inflexibles, y que se arrepienten muchas veces cuando han llevado sus hijos á la desesperación. Descubre que los libros malos son perniciosos, porque su duración propaga su veneno hasta las generaciones futuras. Consuela á una mujer que ha perdido á su prometido, representándole los infortunios de tantas otras personas que sufren en aquel momento males mayores. Su *Spectator* no es más que un manual del hombre honrado, y se parece mucho al *Perfecto notario*. Es que él es un espíritu práctico, que trata, no de distraernos, sino de corregirnos. El concienzudo protestante, nutrido de disertaciones y de moral, pide un monitor efectivo, un guía; quiere que su lectura aproveche á su conducta y que su diario le sugiera una resolución. En tal concepto, Addison busca motivos en todas partes. Piensa en la vida futura, pero no olvida la vida presente; apoya la virtud en el interés bien entendido. No extrema hasta lo último ningún principio; los acepta todos, tales y como los encuentra en el dominio público, se-

gún su bondad visible, sin sacar más que sus primeras consecuencias, evitando la gran presión lógica que lo estropea todo por apurar las cosas demasiado. Vedle asentar una máxima; por ejemplo: recomendarnos la constancia. Aduce desordenadamente razones de todas clases; en primer lugar, la inconstancia nos expone al desprecio; en segundo lugar, nos tiene en una inquietud perpetua; además, nos impide comúnmente lograr nuestro fin; por otra parte, es la gran característica de la condición humana y mortal; en fin, es lo más contrario que existe á la naturaleza inmutable de Dios, que debe ser nuestro modelo. Todo ello ilustrado al final con una cita de Dryden y versos de Horacio. Esa mezcla y esa incoherencia pintan muy bien el espíritu ordinario que permanece al nivel de su auditorio, y el espíritu práctico que sabe dominar á su auditorio. Addison persuade al público, porque bebe en las fuentes de las creencias públicas. Es poderoso porque es vulgar, y útil porque es estrecho.

Figurémonos ahora ese espíritu medio, tan característico, muy afanado en descubrir buenos motivos de acción. ¡Qué persona tan reflexiva, tan digna, siempre igual! ¡Qué hombre tan pertrechado de resoluciones y de máximas! Todo lo que trascienda á espontaneidad, á instinto, á inspiración, á capricho, es cosa abolida ó disciplinada en su naturaleza. No hay caso que le sorprenda ó le altere. Siempre está preparado y prevenido. Lo está de tal manera, que parece un autó-mata. El frío razonamiento le ha petrificado. Véase, por ejemplo, qué modo de ponernos en guardia contra la hipocresía involuntaria, anunciando, explicando, distinguiendo los medios en ordinarios y extraordinarios, eternizándose en exordios, en preparaciones, en exposiciones de métodos, en conmemoraciones de la

Sagrada Escritura (1). Después de seis líneas de esa moral, un francés se iría á la calle á tomar el aire. ¿Qué haría, ¡buen Dios!, si para excitarle á la piedad, se le advertía (2) que la omnisciencia y la omnipresencia de Dios nos proporcionan tres clases de motivos, y si se le expusiesen demostrativamente las tres clases, una por una? Introducir el cálculo en todo, llegar con pesos y cifras al corazón de las pasiones vivas, rotularlas, clasificarlas como fardos, anunciar al público que el inventario está hecho, y guiarle, con las cuentas en la mano y por la sola virtud de la estadística, en el sentido del honor y del deber: he ahí la moral de Addison y de Inglaterra. Es una especie de sano juicio comercial aplicado á los intereses del alma; un predicador de allí no es más que un economista, que trata de la conciencia como de las harinas, y refuta el vicio como las prohibiciones.

Nada de sublimidades ni de quimeras en el objeto que nos propone; todo es práctico en él, es decir, corriente y sensato. Se trata de «pasarle bien aquí y de ser felices después»: *to be easy*, expresión acentuadamente inglesa, que significa el bienestar del alma, el estado medio de satisfacción tranquila, de acción aprobada y de conciencia serena. Addison le compone de trabajo y de funciones viriles cumplidas con regularidad y esmero. Hay que ver con qué complacencia pinta en *Sir Roger* y en el *Freeholder* las serias satisfacciones del ciudadano y del propietario. «He elegido este título de propietario, porque es el que más me enorgullece y el que más eficazmente me recuerda el bien del gobierno bajo el cual vivo. Como propietario

(1) *Spectator*, 397.(2) *Ibid.*, 571.

inglés, yo no vacilaría en considerarme más alto que un marqués francés, y cuando veo recrearse en su huercecita á un compatriota mío, le considero instintivamente como un personaje más grande que el propietario del más rico viñedo de Champaña. Es un placer indecible llamar uno á una cosa propiedad suya. Una tierra propia, aunque no se compusiese más que de nieve y de hielo, nos llenará de alegría por su posesión y de energía para su defensa... Yo me considero como uno de los que prestan su asentimiento á todas las leyes aprobadas... Un propietario, por virtud de la elección, no dista más que un grado del legislador, y por ese motivo debe estar dispuesto á defender las leyes que son hasta cierto punto obra suya» (1). Tales son los sentimientos ingleses, enérgicos y austeros, mezcla de cálculo y orgullo; y esa pintura se completa con la del hombre casado: «Nada es más agradable al corazón del hombre que el poder y la dominación, y yo me encuentro muy favorecido en este punto, en concepto de padre de familia. Estoy ocupado continuamente en dar órdenes, en prescribir deberes, en oír partes, en administrar justicia, en distribuir recompensas y castigos. En resumen: yo miro mi familia como un Estado patriarcal en que soy á la vez rey y sacerdote... Cuando veo á mi pequeño pueblo delante de mí, me regocijo de haber contribuido al acrecentamiento de mi especie, de mi país, de mi religión, produciendo tal número de criaturas racionales, de ciudadanos y de cristianos. Estoy satisfecho de verme perpetuado de este modo; y, como no hay producción comparable á la de una criatura humana, estoy más orgulloso de haber sido ocasión de diez produccio-

(1) *Freeholder*, núm. 1.

nes tan gloriosas que si hubiese edificado á mis expensas cien pirámides ó publicado cien volúmenes del más hermoso ingenio y de la más hermosa ciencia» (1). Si ahora miráis al hombre fuera de su tierra y de su familia, á solas consigo mismo, en los momentos de ociosidad ó de abstracción, le encontraréis no menos positivo. Observa para formar su razón y la de los demás; se provee de moral; quiere sacar el mejor partido posible de sí mismo y de la vida. Por eso piensa en la muerte. El hombre del Norte es dado á dirigir su pensamiento hacia la disolución final y el oscuro porvenir. Addison escoge muchas veces como lugar de paseo la sombría abadía de Westminster, llena de tumbas. «Se complace en mirar las fosas que se abren y los fragmentos de huesos y de cráneos que remueve cada paletada de tierra», y, considerando la multitud de hombres de todo linaje, que ahora, confundidos, no forman más que un solo polvo bajo nuestros pies, piensa «en el gran día en que todos los mortales, llegando á ser contemporáneos, aparecerán juntos (2)» ante el juez, para entrar en la eternidad feliz ó aciaga que los espera. Y en seguida su sentimiento se trueca en meditaciones provechosas. En el fondo de su moral hay una balanza que pesa cantidades de dicha. El se estimula, por medio de comparaciones matemáticas, á preferir el porvenir al presente. Procura representarse, por acumulaciones de cifras, la desproporción que existe entre nuestra corta duración y la infinita eternidad. Así nace esa religión, obra del temperamento melancólico y de la lógica adquirida, en que el hombre, especie de Hamlet

(1) *Spectator*, núm. 500.

(2) *Spectator*, números 26 y 575.

calculador, aspira al ideal preparándose un buen negocio y apoya sus sentimientos de poeta en sumas de hacendista.

En semejante materia, chocan esos hábitos. No hay que empeñarse en definir y probar demasiado á Dios; la religión es más bien un asunto de sentimiento que de ciencia; se la compromete cuando se exigen de ella demostraciones demasiado rigurosas y dogmas demasiado precisos. Quien ve el cielo es el corazón; si queréis hacerme creer en él, como me hacéis creer en los antípodas mediante narraciones y verosimilitudes geográficas, creeré mal ó no creeré. Addison apenas tiene más que argumentos de colegio ó de edificación, bastante parecidos á los del abate Pluche, que dejan entrar las objeciones por todas sus rendijas, y que no hay que tomar más que como ejercicios de dialéctica ó como fuentes de emoción. Unase á esto motivos de interés y cálculos de prudencia, que pueden hacer reclusas, pero no creyentes: he ahí sus pruebas.

Se encuentra un fondo de tosquedad en ese modo de tratar las cosas divinas, y todavía agrada menos la exactitud con que explica á Dios, reduciéndole á un hombre agrandado. Esa lisura y esa estrechez llegan hasta el punto de describir el cielo. «Es un sitio en que la Divinidad se manifiesta en una gloria superior y visible. Allí, según la Escritura, las jerarquías celestes y las legiones innumerables de ángeles rodean perpetuamente el trono de Dios con sus aleluyas y sus himnos de gloria... ¡Con qué arte debe estar levantado el trono de Dios! ¡Cuán grande debe ser la majestad de un lugar en que se ha empleado todo el arte de la creación y que Dios ha elegido para manifestarse de una manera más magnífica! ¡Qué debe ser esa arquitectura levantada por el poder infinito bajo la dirección de la

sabiduría infinita! (1).» Además, el sitio debe ser muy espacioso, y hay sesiones de música; es un hermoso palacio; probablemente habrá antecámaras, ¿no es verdad? Basta; yo no quiero ir allí. La misma precisión literal y torpe le lleva á inquirir el género de ventura de que disfrutarán los elegidos (2). Serán admitidos á los consejos de la Providencia y comprenderán todas sus disposiciones «desde el principio hasta el fin de los tiempos». Además, «en los espíritus existe sin duda una facultad por cuya virtud se perciben los unos á los otros, como hacen nuestros sentidos con los objetos materiales, y no es dudoso que, cuando nuestras almas hayan sido libradas de sus cuerpos ó colocadas en cuerpos gloriosos, podrán percibir siempre la presencia divina, mediante esa facultad, en cualquier parte del espacio donde moren» (3). Rechazáis esa filosofía tan baja. Una frase de Addison va á justificarla y á permitir comprenderla: «El destino del género humano en esta vida es más bien obrar que saber.» Ahora, semejante filosofía es tan útil para la acción como pobre en el terreno de la ciencia. Todos sus defectos en punto á especulación se truecan en méritos para la práctica. Sigue paso á paso á la religión positiva (4); ¡qué apoyo para ella la autoridad de una antigua tradición, de una institución nacional, de un clero reconocido, de ceremonias visibles, de hábitos diarios! Emplea por argumentos la utilidad pública, el ejemplo de los grandes hombres, la lógica ordinaria, la interpretación literal y los textos palpables: ¡qué mejor me-

(1) *Spectator*, números 580 y 531.

(2) *Ibid.*, 237, 571, 600.

(3) *Spectator*, números 571, 237 y 600.

(4) *Tatler*, 257.

dia de gobernar la muchedumbre que rebajar las pruebas hasta la vulgaridad de su inteligencia y de sus necesidades! Humaniza á Dios: ¿no es ese el único camino para hacerle inteligible? Define casi sensiblemente la vida futura: ¿no es ese el único camino para hacer desearla?

La poesía de las grandes inducciones filosóficas es cosa débil al lado de la íntima persuasión arraigada por tantas descripciones positivas y circunstanciadas. Así nace la piedad activa, y una religión de tal índole duplica el temple del resorte moral. La de Addison es bella en fuerza de energía: el vigor del sentimiento salva las miserias del dogma. Al través de sus disertaciones se descubre la emoción de su espíritu; las minucias y la pedantería desaparecen. No se ve ya en él más que un alma penetrada hasta el fondo de adoración y de respeto; no es ya un predicador que baraja los atributos divinos y desempeña su oficio de lógico: es un hombre que, naturalmente y por el solo impulso de su naturaleza, se vuelve una y otra vez hacia un espectáculo augusto, recorre con veneración todos sus aspectos, y no se aparta de él sino con el corazón renovado ó conturbado. No hay nada que no haga respetable la sinceridad de su sentimiento, así se trate de simples prescripciones de catecismo. Pide días fijos de devoción y de meditación que eleven regularmente nuestro espíritu al pensamiento de nuestro Creador y de nuestra fe. Inserta oraciones en sus folletines. Prohíbe los juramentos, recomendándonos tener perpetuamente presente la idea del señor soberano. «Ese homenaje habitual al Ser Supremo desterraría de entre nosotros la impiedad generalizada de emplear su nombre en las ocasiones más triviales... Sería una afrenta para la razón tratar de encarecer el horror y

el sacrilegio de semejante costumbre» (1). Un francés, á las primeras palabras, al oír que se le prohíbe jurar, se reiría probablemente: á sus ojos, esa es una cuestión de buen gusto, no de moral. Pero si oyese pronunciar al mismo Addison lo que acabo de traducir, no se reiría.

IV

No es una cosa pequeña poner en boga la moral. Addison la puso, y en boga quedó. Antes las personas honradas no eran cultas, y las personas cultas no eran honradas; la piedad era fanática y la urbanidad licenciosa; en las costumbres, como en las letras, no se encontraban más que puritanos ó libertinos. Addison reconcilió por primera vez la virtud y la elegancia, enseñó el deber en estilo excelente, y puso el atractivo al servicio de la razón.

«Se cuenta de Sócrates—escribe—que hizo bajar la filosofía del cielo para alojarla entre los hombres. Yo ambiciono que se diga de mí que saqué la filosofía de los gabinetes y de las bibliotecas, de las escuelas y de los colegios, para instalarla en los clubs y en las asambleas, en las mesas de te y en los cafés. Así, recomendando muy particularmente mis meditaciones á las familias metódicas que dedican una hora todas las mañanas al te, al pan y á la manteca, y las aconsejo por su bien que se hagan servir puntualmente este periódico como una parte del servicio del te» (2). Veis aquí

(1) *Spectator*, núm. 535.

(2) *Spectator*, núm. 10.